

El dreyfusismo intempestivo de Charles Péguy

LO QUE HA RETENIDO del caso Dreyfus la posteridad es, como describe Jean-Denis Bredin, el gran descubrimiento de la división de Francia en dos mentalidades antagonistas: «Por una parte, los que, según expresión de Jaurès, hacen del individuo humano la medida de todas las cosas, de la Patria, de la Familia, de la Propiedad, de la Humanidad, de Dios, y, por otra, los que plantean y sirven valores superiores al individuo: Dios, la Patria, el Estado, el Ejército, el Partido; los que luchan por la justicia, ideal indefinible de libertad, de verdad y de generosidad, y los que luchan por los prejuicios en sentido etimológico: orden establecido, organizaciones consagradas, cosas juzgadas; los que miran hacia el antiguo cementerio y quienes sueñan con saltar los muros; aquellos a quienes guarda la memoria y aquellos a quienes arrebató la simpatía»¹.

Con la continua subida del Frente Nacional, esa división parece estar más que nunca a la orden del día. Después de cada elección, después incluso de cada sondeo de opinión, los editorialistas dan la alerta y nos empujan a volver a tomar la antorcha del

¹ Jean-Denis Bredin, *L’Affaire*, Fayard-Julliard, 1993, p. 724.

dreyfusismo defendiendo, antes de que sea demasiado tarde, los valores universales contra la exaltación de las raíces y la tentación mortífera del repliegue patrimonial. Yo me resisto con obstinación a esa exigencia, no solo porque no está ya de actualidad, sino porque simplifica ultrajantemente el combate del que se dice heredera: el caso Dreyfus no son únicamente las figuras importantes de Jaurès, de Clemenceau, de Zola, es, en primer lugar, Péguy y su compromiso irreductible con la antinomia hecha canónica de las Luces y las Antiluces.

En el momento en que el *caso* estalla, Péguy es socialista. Si bien los socialistas no se sienten preocupados por la batalla que empieza a perfilarse. Aun cuando no llegan a proclamar, siguiendo a Marx, que el dinero es el verdadero dios de Israel y que, con el capitalismo, el mundo se ha hecho judío, se resisten a defender a un oficial burgués. Porque sería distraer su energía de la única guerra que cuenta, puesto que es la que pone en juego la humanidad misma del hombre: la lucha de clases. Los más sistemáticos son, como cabía esperar, los socialistas alemanes. La filosofía de la historia, es decir, el arte hegeliano de convertir las verdades de hecho en verdades de razón, les ha mostrado el camino. En una serie de artículos publicados en *Die Fackel*, el periódico de Karl Kraus, el gran Karl Liebknecht emprende la tarea de demostrar por el método de A más B que Dreyfus no puede ser inocente: «¿Es verosímil, es admisible que un oficial francés cuya familia y cuyos padres son muy influyentes pueda verse condenado por un crimen de alta traición que no ha cometido y permanecer entre rejas desde hace ya cinco años?». Dicho de otro modo, como la clase dirigente no tiene más que un enemigo —el proletariado—, contra ese enemigo reserva toda su violencia y sus jugadas sucias; para castigar a sus representantes es para lo que trasgrede sin vergüenza alguna las reglas del

Estado de derecho. Entre explotadores, por el contrario, la justicia no tiene ningún motivo para ser injusta ni para fabricar pruebas. *Nihil est sine ratione*. La persecución de un burgués por la burguesía es inconcebible, de modo que no ha tenido lugar. A falta de un pasaporte ontológico debidamente extendido por el principio de razón, la policía socialista de fronteras relega el caso Dreyfus a los limbos del sobreesimiento. Y Liebknecht puede seguir preparando la revolución con toda la tranquilidad del mundo.

En diciembre de 1899 tiene lugar en París el primer congreso general de los socialistas. Se busca la unidad, pero el clima es tenso, incluso saltan chispas. Millerand acaba de aceptar el Ministerio de Comercio en el Gobierno formado por Waldeck-Rousseau. Se codea con el general Galliffet («el carnicero de la Comuna»). Cuando Jules Guesde sube a la tribuna, todos los ministeriales se miran la punta de los zapatos. Aquel guardián de la pureza doctrinal, fiel a su reputación, opone al gran traidor Millerand los Grandes Maestros del socialismo europeo: Schoenlank, Bebel, Liebknecht. Se oye entonces una voz, un grito algo quedo, una afirmación más que una provocación. «¡Abajo Liebknecht!». «Aquella exclamación, pronunciada sin entusiasmo —escribe Péguy—, se oyó al instante y con claridad en toda la sala. Inmediatamente, estalló un formidable clamor de reprobación y de horror, polarizado poco a poco hacia la izquierda, donde se disciplinaba rítmicamente: “¡Fuera!”, “¡Fuera!”»². Se comprueba que es el ciudadano Joindy quien ha causado el escándalo, y Péguy le presta todo su apoyo. Admira esa voz solitaria. Hace incluso algo más que rendirle homenaje. Rompe en ese momento con la filosofía de la historia. Esta, sea cual sea el guion, cree que domina el pasado, el presente y el porvenir. El

² Charles Péguy, *L’Affaire Liebknecht*, en *Œuvres en prose complètes*, t. I, *op. cit.*, p. 318.

caso Dreyfus pone de manifiesto lo que tenía de erróneo y de inhumano a la vez semejante arrogancia, que exige una verdadera revolución intelectual. Se trata, desde ese momento, de oponer a los pensamientos *de certeza* un pensamiento *receptivo*, a la soberbia de la filosofía, la modestia de la atención, y al control del mundo humano, el reconocimiento de su carácter incontrolable. El ser desborda necesariamente a la idea, porque «todo es inmenso, exceptuado el saber»³. Necesitamos, como es natural, comprender para actuar; pero comprender la realidad presente no es envararla en el concepto, es abordarla sin quitamiedos; no es someterla a las normas, es responder a las preguntas que plantea y a los avisos que manda. «No depende de nosotros que el acontecimiento se ponga en marcha, pero sí depende de nosotros hacerle frente»⁴: esa fue para Péguy la principal enseñanza del *caso*. Puesto que *todo sucede*, se despidió de la posibilidad de conocer el Todo y tomó la decisión *filosófica* de renunciar al discurso especulativo para convertirse en *periodista*. «Periodista cada quince días, si cabe, no renegaré del oficio que tengo; periodista una vez al mes o al semestre, pero periodista a la postre, mi miseria es la miseria común: es preciso que siga los acontecimientos, excelente ejercicio para acabar de convencerse uno de que verdaderamente los acontecimientos no nos siguen»⁵.

Cada vez más periodistas, por desgracia, viven hoy en la certeza de que los acontecimientos los siguen a ellos. Nada los apea. Su saber nunca tiene fallos. Si se desplazan al lugar de los hechos es para descubrir, tras las apariencias, la confirmación de sus presuposiciones. Siempre encuentran lo que buscan. De ahí los aires de entendidos que se dan y su inquebrantable sentimiento de su-

³ Charles Péguy, «Zangwill», *ibíd.*, p. 1447.

⁴ Charles Péguy, *Louis de Gonzague*, en *Œuvres en prose complètes*, t. II, *op. cit.*, p. 383.

⁵ Charles Péguy, «Notre patrie», *ibíd.*, p. 11.

perioridad. De ahí su condescendencia divertida con la candidez hermenéutica del común de los mortales. En toda circunstancia y en todo lugar enarbolan la sonrisita de quienes están informados, de quienes se las saben todas y a ellos no se la pegan porque, ocurra lo que ocurra, conocen la intriga y ya han distribuido los papeles. No tienen necesariamente estudios de filosofía, pero ejercen su profesión como filósofos de la Historia, precisamente eso que, al hacerse periodista y sumergirse en la miseria común, Péguy decidió no seguir siendo. Así Edwy Plenel, el director de la web de informaciones *Mediapart*, que se proclama, sin embargo, seguidor de Péguy y que todos los días se aplaude por «decir simplemente la verdad simple, aburridamente la verdad aburrida, tristemente la verdad triste»⁶, no se ha dejado embaucar: ha sabido ser más listo que la verdad del nuevo antisemitismo. Esa verdad rebelde, esa verdad escandalosa, él la ha neutralizado, la ha domesticado, la ha limpiado de todo cuanto en ella contradecía su sistema y ha denunciado en la prohibición de *Le Mur*, el último espectáculo de Dieudonné, una maniobra tosca para distraer a los ciudadanos de lo esencial, es decir, las huelgas obreras, la corrupción de la clase política y el racismo que rige en lo más alto del Estado. Comoquiera que el gesto de la *quene-lle*, popularizado por Dieudonné, se ha convertido en signo de unión de toda una juventud «sensible», ha puesto en guardia —y otros muchos con él— contra el peligro de la estigmatización: no debía hacerse nada que pudiera desesperar a Sevrans u ofender a La Courneuve.

Esa crítica de la dominación nos conduce de nuevo a Guesde y Liebknecht: el mal solo tiene una dirección y la lucha de clases

⁶ Charles Péguy, *Lettre du provincial, Œuvres en prose complètes*, t. I, *op. cit.*, pp. 291-292.

es *lo único verdadero de lo real*. Pero el dreyfusismo no ha muerto. Ni siquiera ha estado nunca tan vivo. Los nuevos partidarios de Guesde ya no lo combaten, lo incorporan a su combate. Incluso bajo el signo de Jaurès y de Zola es donde han ubicado su sonora movilización contra la propuesta del tema de la identidad nacional llevada a cabo por el Gobierno francés entre 2007 y 2012. La identidad nacional —protestaron— es el rechazo de la unidad del género humano, es Barrès haciendo tabla rasa del *Yo acuso* de Zola, en estos términos ya famosos: «Reconozco que su dreyfusismo es producto de su sinceridad. Pero a esa sinceridad le digo: hay una frontera entre usted y yo. ¿Qué frontera? Los Alpes»⁷. Y de nuevo Barrès, con la misma seguridad que no cabría exigirle a Dreyfus, «este hijo de Sem», escribe: «Los bellos rasgos de la raza indoeuropea. No es permeable a ninguna de las pasiones con que nos afectan nuestra tierra, nuestros antepasados, nuestra bandera, la palabra “honor”. Hay afasias ópticas en las que, por mucho que veamos los signos gráficos, no conseguimos entenderlos. Aquí, la afasia es congénita, viene de la raza»⁸. Estas frases son tanto más insoportables cuanto que han hallado en el siglo xx su traducción sanguinaria. Aunque es cierto que, salvo si se censura *Notre jeunesse*, obra maestra del dreyfusismo, no podría dejarse a las fórmulas barresianas la última palabra sobre la identidad francesa.

Estamos ahora en 1910. Han transcurrido diez años desde la exclamación del ciudadano Joindy. Dreyfus se encuentra libre, su inocencia ha quedado reconocida, pero, como quiera que aún son las letras, según la fórmula de Thibaudet, «el cuartel general

⁷ Maurice Barrès, citado en Alain Pagès, *13 janvier 1898. J'accuse...*, Perrin, 1998, p. 240.

⁸ Maurice Barrès, citado en Zeev Sternhell, *La Droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme*, Fayard, 2000, p. 176.

del tradicionalismo» y Francia está consagrada al culto a sus escritores, es la derecha *antidreyfusarde* quien continúa llevando la batuta. Y como Péguy acaba de publicar *Le Mystère de la charité de Jeanne d'Arc*⁹, esa misma derecha, más perentoria que nunca, se prepara para festejar el regreso del hijo pródigo. En el periódico *L'Écho de Paris*, Barrès reconoce «uno de los signos de una resurrección de la vida tradicional en las almas». En *Libre Parole*, Drumont se pregunta: «¿Cómo semejante hombre pudo ser *dreyfusard*? ¡Teníamos nosotros tanta razón!». En *L'Action française*, Lasserre felicita a Péguy por haberse mantenido fiel a sus orígenes y haber «resistido tenazmente el siroco judío». Como nunca hasta ese momento la opinión había sido tan favorable, Barrès hace campaña para que la Academia Francesa, antes de abrirle la puerta, le conceda a Péguy su Gran Premio. Péguy, creador de *Les Cahiers de la Quinzaine*, empieza a ver el final del túnel. Después de años de penalidades, los biempensantes de entonces están dispuestos a recibirlo entre ellos. Parece que ha llegado el tiempo del reconocimiento intelectual y de las recompensas materiales. Aquel que escribía, desanimado, «somos unos vencidos» no tarda en verse de pronto cubierto de elogios. El marginal de ayer se convierte en el hombre del día, el preferido de los dichosos del mundo. Y su palinodia parece aceptada. La negación de sus compromisos de juventud no ofrece dudas a nadie. Tan solo desentonan en el himno al poeta católico y patriota las críticas acerbas y las buenas palabras feroces —«Péguy le ha echado agua bendita al petróleo»— de Lavisse o de Lucien Herr, sus antiguos compañeros de armas. Pero de pronto, el 12 de julio: «Pueden publicar

⁹ *Le Mystère de la charité de Jeanne d'Arc*, con dos actos inéditos, edición crítica de Albert Béguin, Le Club du meilleur livre, 1956.

mañana mismo nuestras obras completas: no solamente no hay una coma que debemos suprimir, sino que tampoco hay ninguna coma de la que debemos gloriarnos»¹⁰. Así pues, Péguy no es el arrepentido al que aguardaban con los brazos abiertos *L'Action française* y *La Libre Parole*. Se niega a darse golpes de pecho y a pedir perdón. Como respuesta a *Apologie pour notre passé*, de Daniel Halévy, que había publicado el propio Péguy, elogia su propia juventud *dreyfusiste* («Fuimos héroes»¹¹) y da cuenta de su fidelidad con una fidelidad más profunda: «Lo que defendemos no es solo nuestro honor. No es solo el honor de todo nuestro pueblo en el presente, es el honor histórico de nuestro pueblo, todo el honor histórico de toda nuestra raza, el honor de nuestros antepasados, el honor de nuestros hijos. [...] Cuanto más pasado tenemos a nuestras espaldas, más (justamente) debemos defenderlo así, conservarlo puro. “Entregaré mi sangre pura, igual que la recibí.” Esa era la regla y el honor y la fuerza corneliana, la vieja fuerza corneliana. Esa era la regla y el honor y la fuerza cristiana. [...] El honor de un pueblo es de una sola pieza»¹².

Péguy, como todos los *dreyfusards*, invoca los derechos del hombre. Lo hace incluso con énfasis: «Una sola injusticia, un solo crimen, una sola ilegalidad, sobre todo si queda oficialmente registrada, confirmada, una sola injuria a la humanidad, una sola injuria a la justicia y al derecho, sobre todo si queda universalmente, legalmente, nacionalmente, cómodamente aceptada, un solo crimen rompe y basta para romper todo el pacto social, todo el contrato social»¹³. Pero lo que singulariza al autor de *Notre jeu-*

¹⁰ Charles Péguy, *Notre jeunesse*, en *Œuvres en prose complètes*, t. III, *op. cit.*, pp. 42-43.

¹¹ *Ibid.*, p. 120.

¹² Péguy, *Notre jeunesse*, *op. cit.*, p. 151

¹³ *Ibid.*

nesse son las palabras clave de honor y de raza y que vaya a buscar en el *Cid* la fórmula de su dreyfusismo. «Entregaré mi sangre pura, igual que la recibí»: donde Zola y Clemenceau toman ejemplo de Voltaire, defensor de Calas, Péguy blande el verso emblemático del teatro de Corneille. Esperábamos la reafirmación de los principios de las Luces y lo que aparece sin previo aviso es la moral de la aristocracia. A los doctrinarios racistas que tratan la pertenencia como algo que viene dado, como un destino, como algo irremediable del que ningún comportamiento escapa, Péguy les responde que *nobleza obliga* y que Rodrigo, para cumplir con esa obligación, necesita una fuerza de alma extraordinaria. Y a quienes juzgan que la concepción aristocrática del hombre y del mundo está superada les recuerda que la nación democrática hace de cada ciudadano un heredero, es decir, a semejanza de Rodrigo y de todo noble que se respete, el «administrador contable y responsable de una posesión incesantemente amenazada»¹⁴. En las sociedades democráticas, el principio del honor no está caduco: se convierte, muy por el contrario, en asunto de todos.

En los primeros momentos del *caso*, cuando Joindy gritaba: «¡Abajo Liebknecht!», Péguy no hablaba la lengua de la identidad sino la lengua de la justicia contra la razón de Estado y la lengua de la humanidad contra quienes excluían a Dreyfus de lo humano por judío o por burgués. En 1905 fue cuando, confrontado con el repentino despertar de la amenaza alemana, oyó resonar en su interior «una voz de memoria sepultada»¹⁵. Tomó conciencia entonces del valor y de la fragilidad de la herencia recibida. Y en 1910 volvió a analizar el caso Dreyfus a la luz de aquella revelación.

¹⁴ Charles Péguy, *Par ce demi-clair matin*, en *Œuvres en prose complètes*, t. II, *op. cit.*, p. 96.

¹⁵ Charles Péguy, *Notre patrie*, *ibid.*, p. 61.

Péguy cayó ante el enemigo el 6 de septiembre de 1914. Treinta años después, una amenaza aún más inquietante planea sobre las naciones del Viejo Continente, y Bernanos, como es natural, se vuelve hacia *Notre jeunesse* para fustigar, en *Scandale de la vérité*, los acuerdos de Múnich. So pretexto de realismo —escribe—, Francia se ha deshonrado. Sin embargo, aunque es Bernanos quien habla, bien podría ser Péguy: «Creemos que existe un honor de la política, creemos con no menos frecuencia que existe una política del honor, y que esta política del honor es políticamente mejor que la otra»¹⁶. El honor en los oscuros tiempos del aumento de los peligros vuelve a ser la gran cuestión. Las democracias creían que se habían desembarazado de tal arcaísmo. Con sorpresa mayúscula, vuelven a toparse con él en el camino. Muy a su pesar, encuentran de nuevo la exigencia que supone. El honor, es decir, la *filiación*: en 1940, mientras Marc Bloch explica el desmoronamiento de Francia por culpa de la ruptura entre quienes se niegan a vibrar con la coronación de Reims y quienes leen sin emoción el relato de la fiesta de la Federación, el general De Gaulle bebe de ambas fuentes la fuerza para decir *no*: «Cuanto más pasado tenemos a nuestras espaldas, más (justamente) debemos defenderlo tal cual, conservarlo puro». Pero ¿qué queda hoy de *Notre jeunesse*, de *Scandale de la vérité*, de *L'Étrange défaite* y de la inspiración de De Gaulle?

Nos inclinamos, cierto es, ante los grandes nombres de Péguy, de Bernanos, de Marc Bloch y del general De Gaulle, les consagramos biografías, tesis, coloquios, celebramos escrupulosamente el centenario de su nacimiento o de su muerte, pero sus voces se

¹⁶ Georges Bernanos, *Nous autres Français*, en *Essais et écrits de combat*, col. «Bibliothèque de la Pléiade», t. I, Gallimard, p. 764.

han hecho inaudibles, su mensaje ya no llega. Quienes ocupan el proscenio son aquellos a quienes la simpatía arrebatada y sueñan con saltar los muros. Con la apertura de las fronteras y el cambio de población que eso conlleva, ven que la desconfianza y la violencia se propagan por la sociedad francesa. Y con la fuerza de lo que les ha enseñado la historia, acusan a Barrès, denuncian la perpetuación de su ideología «nauseabunda». Si hay falta de entendimiento en la Francia de hoy, es —dicen— por culpa de los guardianes cada vez más agresivos del antiguo cementerio. De modo que, para poner fin a esa situación, proponen, con el consejero de Estado Thierry Tuot, autor de un informe sobre la integración que presentó al primer ministro en febrero de 2013, acabar con «la celebración angustiada del pasado ya vencido de una Francia temblorosa y encurtida en tradiciones imaginarias»¹⁷.

Ya lo vemos: Barrès deja de ser una referencia, es un espantajo; el dreyfusismo triunfa, pero Péguy ha perdido la batalla. Auschwitz ha existido, es verdad. Y después de Auschwitz ya no nos atrevemos, no sabemos establecer la diferencia entre el *empuje hitleriano* y el *empuje corneliano*. Marcamos con el mismo oprobio la pureza de sangre y la «sangre pura», a «la magnífica bestia rubia, [...] codiciosa de botín y de victoria»¹⁸ y al «ciudadano gentilhomme» resuelto a no fallar, a no transgredir, a no empañar con un comportamiento inicuo u oportunista el nombre de sus antepasados.

El racismo nazi arrastró en su apocalipsis el *honor de la raza*, es decir, la obligación con los muertos. Las naciones democráti-

¹⁷ Thierry Tuot, *Le Débat*, n.º 179, marzo-abril de 2014, p. 45.

¹⁸ Friedrich Nietzsche, *La Genealogía de la moral*, en *Œuvres philosophiques complètes*, t. VII, Gallimard, 1971, p. 238. (*La genealogía de la moral*, traducción de José Luis López de Lizaga, Tecnos, 2014). [*N. de los TT*]

cas, para estar seguras de volver al camino recto del humanismo de las Luces, le han cedido, sin desenvainar siquiera, su *nobleza obliga*. No han comprendido que ese abandono era su verdadera victoria, su maleficio postrero.